

La revista Arquitectura del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid presenta hoy un número extraordinario dedicado a D. Francisco Javier Sáenz de Oiza. Es muy difícil describir al gran arquitecto que fue, pues por encima de un eximio maestro de su arte, fue algo más. Era, por decirlo así, todo un carácter, toda una personalidad, cuestión que verdaderamente ha trascendido en todos los múltiples artículos de prensa que han sucedido a su muerte, que tuvo lugar en Madrid el pasado 18 de julio.

En lo que mi memoria alcanza, jamás la muerte de un arquitecto ilustre ha producido tamaño impacto en la prensa y demás medios de comunicación nacional. Y en esto, creo, participa su peculiar figura envuelta de un cierto misterio. Unos le han tratado mucho, otros han sido sus discípulos, maravillados de su profundo saber, también desconcertados ante sus inesperados planteamientos. Sáenz de Oiza era un acróbata que se tiraba al vacío sin red en busca de lo desconocido, de lo nuevo, sin más precedentes que su intuición. De esto proviene lo que se ha llamado su versatilidad.

Parte de su misterio radicaba en ser siempre un hombre insatisfecho de lo que hacía. Su escudo podría haber tenido como divisa "siempre insatisfecho". Nuevo salto en el vacío, nuevo descubrimiento, nueva insatisfacción. Así podría definirse la vida del egregio arquitecto.

Yo mismo, desde lejos, le admiraba y le seguía emocionado, a veces perplejo, pero siempre vivamente interesado.

El escritor nos deja sus obras, sus libros, el poeta sus arrebatos líricos, el pintor sus lienzos, que si son egregios cuelgan en los museos, pero, en cambio, el escultor y sobre todo el arquitecto dejan sus obras en la calle, en la ciudad.

Sáenz de Oiza nos ha dejado multitud de obras, unas sencillas, otras fastuosas, unas humildes, otras vanidosas por toda España, y sobre todo nos ha dejado en Madrid dos perlas de inestimable valor: el llamado edificio de Torres Blancas en la Avenida de América y el edificio del actual BBVA del Paseo de la Castellana.

El primero es una explosión de energía creadora que parece brotar de un volcán ígneo, como una masa de hormigón todavía caliente. El segundo, es la obra más refinada y exquisita de Sáenz de Oiza, no obstante su rotundidad: es un verdadero capolavoro. Si en Torres Blancas es el cemento, contundencia geológica, el que prima, en el edificio bancario son el cristal y el acero los protagonistas.

Todavía le quedaba a Madrid participar en un nuevo impromptu de Sáenz de Oiza, el edificio llamado "el ruido" en la M-30, verdadera elegía de ladrillo con una corteza exterior de este material y un interior diverso y caprichoso. Audacias del genio.

Hoy, la revista de arquitectura y urbanismo dedica este número homenaje al gran maestro en el que se incluyen, incluso, unas palabras suyas de índole lírico-poéticas que pronunció en el edificio del BBVA con ocasión de explicar su obra en el ciclo "El autor enseña su obra". Aquellas palabras nos dejaron a todos confusos, alucinados y enternecidos, eran propias de su autor.

Fernando Chueca Goitia  
Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid